

púas y los Polinesios habían apreciado tan poco, en los Hotentotes; pero, fuese que su horrible lenguaje hubiese hecho imposible á los franceses toda relación fraternal con ellos, ó por otros motivos, siempre resultará que el entusiasmo fué de corta duración. Lavallée trató luego de representar á los negros como modelos de todas las virtudes, pero fué también de éxito efímero esa tentativa.

Bernardino de Saint-Pierre fué más afortunado al atraer hacia los Pielas Rojas la atención de sus lectores; aquí se fundaba en la política la esperanza de buen éxito; á lo menos, en las tentativas cuya intención va dirigida contra la fe, se hará muy bien en no creer demasiado fácilmente en un entusiasmo puramente teórico, sino en considerar al lado de eso intereses económicos, ó de otra índole, que están muy lejos de ser platónicos. Sería difícil negar que en aquella época, cuando las intenciones de Francia para salvar el Canadá habían fracasado tan lastimosamente y no se podía esperar de los indios más que perjuicios para el poder inglés en América, la explosión de una predilección súbita por hombres de naturaleza rojos hubiese tenido una causa diferente de un capricho filosófico ó una disposición de espíritu hostil á la religión.

Y así será siempre más ó menos; crea quien quiera que una sociedad y un hombre puedan entender que el estado salvaje es el ideal y el punto de partida de la humanidad, si no tienen la mira en fines preconcebidos. En cuanto á nosotros, no lo creemos; sería necesario, á nuestro juicio, conocer al hombre mal, para creer que haya un entusiasmo sincero por los llamados pueblos de la naturaleza, si no se viere en ello un medio de herir la enseñanza de la Revelación acerca de la caída originaria, y á la doctrina moral del Cristianismo. Por eso no hay gran interés, desde el punto de vista científico, en conocer mejor ese estado de naturaleza. Nadie sabe que nuestros pueblos civilizados preparen emigraciones, establezcan colonias, reúnan fondos para viajes á fin de que algunos individuos disfruten personalmente de esas ventajas y puedan estudiar la

posibilidad de establecer en nuestros países ese estado de naturaleza. Se puede también comprender fácilmente lo que esos entusiastas dirían á favor del puro estado natural, si algún día fuesen condenados á pasar á él ellos mismos; dirían lo que Béranger contestó una vez á Chateaubriand que le felicitaba por tener ya aquella República en que había soñado: «Sí, pero querría más soñarla que tenerla».

Sea dicho de paso; en todo caso los franceses lograron perfectamente inflamarse é inflamar el mundo de entusiasmo por aquellos objetos; pero esta vez también fueron muy tristes las experiencias. En 1791, arrebatado por las teorías en boga acerca del estado de naturaleza, fué Chateaubriand á los bosques vírgenes de América; quiso vivir á lo indio; mandó hacerse un traje de indio, y vivió durante quince días á la manera de los Pielas Rojas que se había imaginado. Pudo por fin ver lo que tan ardientemente había deseado, el hijo de la naturaleza pura en la persona de un iroqués. ¡Qué sorpresa entonces! El salvaje se disponía á bailar, pero no aquella danza paradisíaca que había entrevisto en sus sueños; el iroqués bailaba al son de un violín que tocaba el marmitón del general Rochambeau. No obstante eso, Chateaubriand nos describe aquel estado de naturaleza indio con locuacidad semejante á la de Bernardino de Saint Pierre, y tal que después de pasadas algunas decenas de años, gustamos todavía de aquellas descripciones que encantaron nuestra infancia.

Cuando los franceses se fastidian de algo, entonces se pone de moda en Alemania; apenas nuestros vecinos estuvieron ahítos de los insulares de la mar del Sur, cuando un amor meridional se apoderó de los fríos corazones teutónicos. Zachariæ, ese poeta ordinariamente tan árido, Forster el revolucionario, y el que daba el tono en el Parnaso alemán, Goethe, fueron los introductores de la moda entre nosotros. Este último se preguntó durante algún tiempo si no eran los chinos quienes tenían más derecho á su veneración; pero había pasado el tiempo en que Leibnitz creía

hacer á los franceses la mayor cortesía igualándolos á los chinos. Entre nosotros, pues, se atuvieron á los hombres de naturaleza del Océano Pacífico, y visto el estado de las cosas, parece que se atenderán á ellos aún por largo tiempo. En Alemania, quien no crea en los pueblos de naturaleza, según el modelo que se le presente, debe renunciar para siempre á la esperanza de ser académico.

11. El estado de naturaleza por los suelos.—Más inconstantes que los alemanes, y menos pedantes que ellos para explotar un tema extraño, los franceses están ya desde hace mucho fastidiados de salvajes; por el contrario, combinan todos sus esfuerzos para poner á los pueblos civilizados en un estado que, si se realizan sus planes, podrían ofrecernos pronto el medio de no vernos obligados á buscar el estado natural en regiones lejanas.

Con su cultura tan alabada, la humanidad se persuade más y más de que nuestra vida no está tan lejos del estado moral de esos hombres de naturaleza, sino que más bien estimamos demasiado nuestra civilización y que rebajamos con exceso la de los pueblos bárbaros. Ya Livingstone hizo el triste descubrimiento de una especialidad, que hasta entonces habíamos atribuído con legítimo orgullo sólo á nuestra civilización; también los negros tienen en los pies ojos de gallo: nuestras mayores enfermedades, de qué es causa la civilización, se hallan también en los pueblos salvajes. ¿Qué nos resta aún? ¿Nuestros vicios? Los tienen ya. Por eso queremos persuadirnos de que somos también absolutamente naturales. ¿Nuestras armas mortíferas? Las reciben con apresuramiento. Hasta llevan las levitas y los sombreros de copa que nosotros hemos dejado ya de usar. Les llevamos, pues, muy poca ventaja, no siendo en el arte de falsificar la leche, la manteca y la cerveza. Pero ¿pasará mucho tiempo sin que nos hayan copiado en eso también? Volney descubrió que no hay la más pequeña diferencia entre los Mamelucos y los héroes de la antigüedad clásica; los griegos y los romanos, tan alabados, sólo por el nombre se distinguen, dice también,

de los Hunos y de los Vándalos; la filosofía de Sócrates y la poesía de Eurípides concuerdan á la letra con las ideas de los salvajes de la América Septentrional.

Según las ideas admitidas en esos centros que no prestan ninguna atención á lo que es cristiano, las pocas diferencias que nos distinguen aún de los caníbales desaparecerán muy pronto si las proposiciones de Babeuf y de sus partidarios llegan á realizarse. Según ellos, el Estado, la Iglesia, la propiedad, el matrimonio y toda civilización deberían desaparecer; la educación no debería dar á los niños más que los conocimientos estrictamente necesarios para leer, escribir y contar, y de ese modo se establecería el estado de la naturaleza. También los socialistas y los anarquistas se preparan, con celo que no puede desconocerse, á implantarlo de nuevo en el mundo civilizado. Y no estamos muy lejos de ese momento. Sabido es que la tierra gira rápidamente en el espacio, pero hoy, más que nunca, da saltos prodigiosos; y no habría que asombrarse de que la humanidad, fastidiada de la civilización malsana que la atormenta ahora, quisiera hacer la vida conforme á la naturaleza y volviese á la barbarie completa.

No faltan pruebas. Béranger canta ya, en una de sus más conocidas poesías, á los mendigos como los más felices de los hombres; ⁽¹⁾ Lamartine siente entusiasmo por los lazzaroni; Teófilo Gauthier, en su *Capitaine Fracasse*, por los cómicos ambulantes; Víctor Fournel procura que no olvidemos los abismos de corrupción que se ocultan en las viejas cortes de los milagros tan magistralmente descritos por Víctor Hugo, y Jorge Berry nos entera de su continuación en los tiempos modernos, con tan preciso conocimiento de la vagancia y de la vida criminal de hoy, que atrae hacia las guaridas del vicio y de la suciedad el interés del espíritu más indiferente.

Fourier es el que respecto de esto profesa las teorías más sencillas y más audaces á la vez. ¿Por qué, pues, ir lejos, dice, cuando el bien está tan cerca de vosotros? ¿No le

(1) Béranger, *Les Gueux, Chansons* (Bruxelas, 1832), I, 62.

hemos visto entre nosotros muchas veces? ¿No le vemos en las calles todos los días? ¿Hubo nunca un estado más natural y más feliz que el de los pilluelos de nuestras calles? Si ese no es el verdadero estado natural, jamás le hubo, y jamás le encontraremos. ¡Qué barbarie tratar con tanto desdén como ordinariamente se hace á esos encantadores seres, sólo porque se reúnen para hacer ruido y revolcarse en el lodo! ¡Qué falta de inteligencia el despreciar lo que merecía en justicia ser considerado como honroso! Una mano directora bastaría, sin embargo, para convertir esas inclinaciones naturales en eficaz medio de civilización. Para limpiar las cloacas y las calles, servicio tan indispensable, no se puede emplear la crema de los ciudadanos; ni se puede tampoco hacer ese trabajo con mercenarios asalariados, sin afición al oficio, ó con obreros alistados por fuerza. Pero los pilluelos de las calles desempeñan con gusto esas funciones; que se dirijan, pues, esas aptitudes, que se las favorezca, que se las cultive; organíceselos en bandas regulares, póngase al frente de cada una un Khan, naturalmente el más sucio de todos, y excítese su ambición confiéndole el título de bravo entre los bravos; concédase en fin á esas bandas el sitio de honor en el servicio divino celebrado en el altar de la patria, y el primer puesto en las procesiones públicas; y entonces sólo será cuestión de tiempo el que los prejuicios insensatos, cuya fuente es el Cristianismo, y que tan frecuentemente se apoderan de los cerebros, desaparezcan ante el noble estado de naturaleza; y que la humanidad comprenda al fin como únicamente sobre esta base podrá elevarse á la verdadera razón y á la verdadera humanidad. ⁽¹⁾

12. El resultado.—Aquí tenemos el estado de naturaleza por los suelos; no puede descender más. Nos parece que con esto llega á su límite una tendencia de espíritu que todo lo acepta para evitar la fe en lo sobrenatural y en la decadencia de la naturaleza.

(1) Stein, *Socialismus und Communismus*, (2) 556 y sig. Julio Schmidt, *Gesch. der franzes. Liter.*, (1) II, 477.

Verdad es que después no se ha tratado de descubrir un nuevo estado de naturaleza, sino que la pretendida ciencia ha regresado con armas y bagages al punto de partida, es decir á los antiguos cínicos y á los antiguos epicúreos; lo que se nos alaba como el descubrimiento más moderno acerca del estado de naturaleza no es más que recalentar las aspiraciones, frías ya desde hace mucho tiempo, de aquellos antiguos filósofos. Si interrogamos á nuestros historiadores de la civilización y á nuestros etnógrafos, están unánimes en decirnos que, en el estado de naturaleza, el hombre nada sabe de Dios, nada de la inmortalidad, de la remuneración, de la eternidad, nada de la moral, del derecho y de la ley. De los mejores representantes de la ciencia liberal, de Herberto Spencer y de sus discípulos, aprendió Kropotkin, el príncipe de los anarquistas, su principio de que la constitución primitiva de la sociedad no conocía ni ley ni religión. ⁽¹⁾ ¿El matrimonio? dicen estos filósofos. No existía en los pueblos de naturaleza. ⁽²⁾ ¿Los deberes maternos? Para aprenderlos hay que ir á la escuela de los animales. ⁽³⁾ La antropofagia es una costumbre verdaderamente inofensiva. ⁽⁴⁾ Comer á los padres cuando llegan á ser viejos, inútiles y onerosos es para el hombre de naturaleza un deber, y el fruto de un desenvolvimiento normal de la inteligencia. ⁽⁵⁾ La imitación de las fieras es ya un grado más elevado de civilización; es, por decirlo así, el grado heroico de la humanidad. ⁽⁶⁾ Pero la venganza sangrienta, la exposición de los niños, la esclavitud son cosas que deben clasificarse entre los comienzos de una civilización distinguida. ⁽⁷⁾ Verdad es que para nosotros, á quienes la educación, ó mejor dicho, el exceso de educación que recibimos del Cristianismo, ha quita-

(1) *New Ireland Review*, Mayo, 1894, p. 181.

(2) Lubbok (Passow), *Entstehung der Civilisation* (1875), 86 y sig., 101.

(3) Schiller, *Ueber die erste Menschengesellschaft* (1836), X, 449.

(4) Lotze, *Mikrokosmos*, (1) II, 384.

(5) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, III, 262-282.

(6) Lotze, *loc. cit.*, III, 252.

(7) *Ibid.*, II, 386 y sig.

do los ánimos de cometer un asesinato, ⁽¹⁾ esos principios son un poco extraños; pero precisamente por esto deberíamos prescindir de las aspiraciones cristianas, y al punto nos parecerían aquellos aceptables.

Y bien, es la última palabra; nada tenemos que añadir. Nuestros mismos adversarios expresaron el principio de la prueba de que depende todo para nosotros; ó hay la creencia en un estado primitivo sobrenatural y una decadencia de ese estado, como enseña el Cristianismo, ó bien hay un estado de naturaleza, contrario á la naturaleza, inhumano, horrible.

(1) Bastian, I, 244 y sig.

CONFERENCIA III

PECADO ORIGINAL Y PECADO HEREDITARIO

1. El trato de las almas enseña que nuestra miseria tiene el carácter de pecado y que proviene de una falta.—Está fuera de duda que el hombre no es como debiera ser; si no fuese tan dado al disimulo y á la falta de sinceridad, no le sería difícil sondear toda la profundidad de su corrupción. Precisamente porque se rodea de tantos cuidados para que nadie lea en su interior, da la prueba mejor de que no está allí todo en orden; le conocemos bastante para saber que estaría días enteros á la ventana, descubierta el pecho, si encontrase en esa actitud algo que le honrase ante los hombres.

Como consecuencia de ese espíritu de reserva, un juez de instrucción apenas tiene trabajo con un acusado, ni el médico del alma y el historiador de la civilización con el enfermo que debe auscultar para encontrar donde reside el mal, es decir, la humanidad. Pues así que el hombre nota que se trata de eso, procede como los niños cuando van á bañarse en la primavera; el que entra sufre un temblor instintivo y piensa para sí: ¡Si estuviese fuera! Pero cuando sus camaradas le preguntan desde la orilla cómo se encuentra, dice en alta voz, dando diente con diente, que no tiene frío, que, al contrario, se encuentra muy bien. Así todos nosotros nos quejamos de la malicia del mundo y deseamos siempre librarnos de su influjo; pero cuando se nos pregunta donde está el mal, no queremos ya hablar de ello, y nos faltan palabras para afirmar que el mundo no es tan malo, que, por el contrario, es muy bueno.